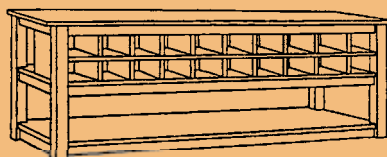


# 18

## LABERINTOS

Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles

Año 2016



**Presentación** Manuel Aznar Soler / 3

### Estudios, ensayos e investigaciones

Deportistas valencianos en el exilio (Recaredo Agulló Albuixech y Víctor Agulló Calatayud) / 7

1956: Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura (Manuel Aznar Soler) / 37

Juan David García Bacca: metafísica y creatividad en el exilio republicano (Alberto Ferrer García) / 57

Los Premios Formentor en el epistolario Aub/Barral: un diálogo entre orillas y nuevas perspectivas sobre la España franquista (Alessio Piras) / 77

Dominar el laberinto, salir de él: Crónica del alba, de Ramón J. Sender (Jean-Pierre Ressay) / 99

### Dossier

**El exilio republicano de 1939 y el hispanismo en Estados Unidos** (coordinación: Fernando Larraz y José-Ramón López García) / 111

Presentación (Fernando Larraz y José-Ramón López García) / 111

La vida mutilada. Una lectura de las memorias de Isabel García Lorca (María-Dolores Albiac Blanco) / 117

Exiliados en Puerto Rico: el caso de Alfredo Matilla Jimeno (Lara Caridade) / 143

Exilio e hispanismo norteamericano: cuatro paradigmas de interpretación (Sebastian Faber) / 159

Entre Estados Unidos y España: un puente literario y personal de Francisco Ayala a través de sus cartas inéditas a Ricardo Gullón (Olga Glondys) / 173

Galdós en el exilio norteamericano: José F. Montesinos, Joaquín Casaldueiro y Carlos Blanco Aguinaga (Fernando Larraz) / 191

Cosas de América: algunas notas sobre la experiencia de Arturo Serrano Plaja en Estados Unidos (José-Ramón López García) / 199

Los dos Unamunos de Carlos Blanco Aguinaga (Mario Martín Gijón) / 217

El legado del antifranquismo en Estados Unidos a través de la hispanista Shirley Mangini (Mar Trallero) / 235

El lirismo de la materia bruta: Pedro Salinas ante la gran urbe norteamericana (Natalia Vara Ferrero) / 243

Mesa redonda: Historia de un legado. El hispanismo norteamericano y el exilio de 1939 (Mari Paz Balibrea, Sebastian Faber, José-Carlos Mainer y Shirley Mangini) / 259

**Cuarto Centenario Don Quijote** (coordinación: Verónica Azcue) / 281

La gran aventura, un mito humanista desde el exilio: León Felipe, Cástor Narvarte y José Martín Elizondo (José Ángel Ascunce Arrieta) / 283

El Quijote que Ángel Gutiérrez soñó en Rusia (Verónica Azcue) / 295

Contrapuntos del caballo sin pedigree en León Felipe y en Pablo Picasso (José María Balcells) / 307

El Quijote en la obra crítica de Carlos Blanco Aguinaga (María Bueno Martínez) / 321

El Quijote en la reflexión y la pintura de Ramón Gaya (Laura Mariateresa Durante) / 333

El homenaje a Cervantes en la revista Realidad (1947): la construcción de una tercera vía al margen de la guerra político-cultural entre el Franquismo y el Exilio (Olga Glondys) / 341

El exilio de 1939, Cervantes y El Quijote en los campos editoriales argentino y mexicano (Fernando Larraz) / 355

Arturo Serrano Plaja y su visión comparatista de Don Quijote (Esther Lázaro) / 365

Los ballets Don Quijote en el exilio republicano de 1939 (Idoia Murga Castro) / 373

Lo que le sucedió a María Zambrano: Dulcinea (Isabel Navas Ocaña) / 389

El Don Quijote en tres relatos de El laberinto mágico de Max Aub (Alessio Piras) / 403

Olor de Santidad: una novela cervantina de Luisa Carnés, inédita (Neus Samblancat Miranda) / 415

El episodio de "la cabeza encantada" en la obra de José Bergamín (M<sup>a</sup> Teresa Santa María) / 429

Identidad, Política e Historia en Don Quijote, Rey de España y Las Cortes republicanas durante la Guerra Civil, de Matilde de la Torre (Francisca Vilches-de Frutos) / 443

### **Textos y documentos**

Compromiso antifascista y teatro de resistencia en el epistolario inédito de Álvaro de Orriols (Antonio Espejo Trenas) / 459

Mi José Bergamín (José Antonio González Casanova) / 490

México y la República española (José María Murià) / 494

Algunos textos inéditos de Arturo Perucho escritos en México y su breve reencuentro postal con Vicente Llorens Castillo (Josep Palomero) / 505

Acordes en el alma. Notas de las Memorias de Carlos Palacio García (Amparo Ranch) / 559

### **Llocs de la memòria**

En busca de los exiliados españoles en Londres. Crónica de un viaje tras las huellas de la emigración liberal de 1823 (Germán Ramírez Aledón) / 607

### **Reseñas**

Una deuda inexcusable (Cecilio Alonso) / 621

Personas, artistas y máscaras (Cecilio Alonso) / 627

La otra cara del exilio (Cecilio Alonso) / 633

Chemins de fer, chemins de sable. Los españoles del transahariano (Cecilio Alonso) / 637

Operación Stanbrook. Homenaje a la memoria republicana (Cecilio Alonso) / 644

Los nudos del quipu (José Ángel Ascunce) / 646

El último Arteta. Vida y creación en el exilio (Xesqui Castañer López) / 652

Jorge Semprún: memoria cultural y escritura (Beatriz Coca Méndez) / 656

El retorno artístico del patrimonio del exilio (Laura Mariateresa Durante) / 658

Edificar la cultura, construir identidad. El exilio español de 1939 en la Unión Soviética (M<sup>a</sup> M. Garrido Caballero) / 660

Los nombres del exilio (Sònia Hernández) / 663

Dos exilios y un librero (Esther Lázaro) / 667

El intercambio epistolar de Max Aub con la España del interior (Esther Lázaro) / 671

Escenografía en el exilio republicano de 1939 (Raquel López Fernández) / 675

Ramón Gaya. El sentimiento della pittura (Alessio Piras) / 679

Sobrevivir en el exilio: la experiencia liberal (Germán Ramírez Aledón) / 681

Los rehenes del Alcázar de Toledo (José Ramón Saiz Viadero) / 688

El duende mal pensante. Aforística musarañera (M<sup>a</sup> Teresa Santa María Fernández) / 691

De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas (Mar Trallero) / 694

Teatro de José Ricardo Morales (Yasmina Yousfi López) / 699

### **Varia**

Representaciones de Mar de almendros, de Juan Luis Mira Candel, en Alicante (Cecilio Alonso) / 703

Guillermina Medrano y Rafael Supervía. De Washington a la Biblioteca Valenciana (José Ignacio Cruz) / 704

El archivo de Bernardo Giner de los Ríos, donado al Ateneo Español de México (José Ignacio Cruz y Santiago Muñoz) / 706



## Exilio e Hispanismo Norteamericano: Cuatro paradigmas de interpretación<sup>1</sup>

SEBASTIAAN FABER  
*oberlin college*

**Resumen:** Aunque el legado del exilio republicano español en el hispanismo estadounidense se ha leído y valorado de formas muy diferentes, cabe identificar cuatro grandes paradigmas de interpretación: el paradigma arqueológico-memorialístico (en que predominan las narraciones biográficas y relaciones interpersonales), la visión desde España (que valora al exilio por lo que pudo o no pudo contribuir al desarrollo de la cultura y el conocimiento en el “interior”), el paradigma anti-hispanista (una crítica del hispanismo de los exiliados formulada por entre otros, el latinoamericanismo en Estados Unidos) y el geopolítico (que lee el hispanismo exílico en función de la Guerra Fría). Después de considerar estos cuatro paradigmas y sus limitaciones, se plantea la posibilidad de un quinto que las trascienda.

**Abstract:** Even though the legacy of Spanish Republican Exile in North American Hispanism has been read and valued in very different ways, it is possible to identify four overarching interpretative paradigms: the archeological-memorialist paradigm (in which biographical narrations and interpersonal relations prevail), the vision from Spain (which values exile based on what it was or wasn't able to contribute to

the development of culture and knowledge inside Spain), the anti-Hispanist paradigm (a critique of the exiles' Hispanism from, among others, U.S. Latin Americanism) and the geopolitical paradigm (which understands the exiles' Hispanism within a Cold-War framework). After considering these four paradigms and their limitations, I consider the possibility of a fifth paradigm that might transcend them.

### Prólogo personal

Como holandés nacido en Ámsterdam en 1969 pero educado parcialmente en Estados Unidos, el legado del exilio republicano me pilla muy de cerca. Dos de mis profesores del doctorado en la Universidad de California en Davis, el medievalista Samuel Armistead y el latinoamericanista Hugo Verani, fueron alumnos de Américo Castro y Vicente Llorens en Princeton y de Antonio Sánchez-Barbudo en Wisconsin. Armistead, de hecho, pasó nada menos que una década con Castro: bajo su dirección realizó la licenciatura, la maestría y el doctorado. Salió de la experiencia un converso: el contagio de la pasión castrista le marcaría de por vida. No ardía menos cuando yo le tuve como maestro, cuarenta años después, entre 1995 y 1999. En un breve artículo de esa misma época, Sam recordaba cómo don Américo vivía en un estado casi continuo de exaltación, enfado y frustración: “¡Que no me entienden!” —gritaba— “¡Que no me van

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *La historia de la literatura española y el exilio republicano de 1939* [FFI2013-42431-P] financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Key Words: Exile, Hispanism, United States, Cold War, Latin American Studies, Iberian Studies.

Palabras clave: exilio, hispanismo, Estados Unidos, Guerra Fría, Estudios Latinoamericanos, Estudios Ibéricos

a entender!” Comparto lo que dejó escrito el viejo Sam, que murió hace solo dos años:

Estudiar con Américo Castro era una experiencia incalculablemente gratificante, intensamente interesante y ocasionalmente abrumadora. Era un maestro que electrificaba, consistentemente dinámico e inspirador. Una y otra vez, uno salía de sus seminarios —al cabo de tres horas de aprendizaje intenso— totalmente convencido de la vital importancia de lo que decía, totalmente convencido de que todos los que estudiábamos con él estábamos participando activamente en una tarea colaborativa crucial, una misión por reinterpretar y reformular los orígenes de la cultura española.<sup>2</sup>

En 1999 conseguí un trabajo en Oberlin, uno de los miles de *colleges* pequeños que salpican el país y que sólo tienen estudiantes de grado. El primer año, vagando un día por un rincón de estantes viejos y polvorosos de la biblioteca universitaria, me topé con una importante colección de primeras ediciones de Max Aub. Hacía años que nadie las había sacado. Y en vez de guardarse en las colecciones especiales, donde por su valor deberían estar, seguían en los estantes corrientes. Abrí un volumen al azar y vi que estaba dedicado, por el propio Max, a un tal Paul. No tardé mucho en descubrir que se trataba de mi predecesor, Paul Patrick Rogers, un hispanista que había llegado a Oberlin College a finales de los

años 20 y se había jubilado en los sesenta. ¿Cómo conocía a Aub? Me puse en contacto con el hijo de Paul, el también hispanista Douglass Rogers, quien me reveló que Rogers había pasado parte de la Guerra Civil en España y que después se había hecho íntimo amigo de un grupo de exiliados españoles en México: no sólo Aub, sino Buñuel, Mantecón, Juan Vicens, Constanza de la Mora e Ignacio Hidalgo de Cisneros. Estas amistades le servían de compañía a Rogers cuando visitaba México, cosa que hacía a menudo y por largos períodos. Y es que Estados Unidos se le hacía pequeño. A partir de los años 40, sabía que estaba vigilado por el FBI. (Pude conseguir una copia de su expediente, son casi mil páginas que cubren 25 años de seguimiento por agentes e informantes.) Como era lógico, no se sentía cómodo expresando sus ideas políticas en su propio país. Aunque parece que nunca militó en el Partido Comunista de Estados Unidos (CPUSA), con toda seguridad fue compañero de viaje. El FBI sospechaba que hacía de mensajero entre los PCs de España, México y Estados Unidos pero no pudo probar nada concreto.

Ahora bien, si Aub y compañía le daban la bienvenida en México, Rogers a su vez servía de puente para sus amigos exiliados. Así, fue gracias a Rogers que, a finales de los cuarenta, llegó a Oberlin College como

---

<sup>2</sup> Samuel G. Armistead, “Américo Castro in the United States (1937-1969)”, *Hispania*, vol. 80:2 (mayo 1997), pp. 271-274, p. 272.



profesor visitante Augusto Centeno, compañero de cuarto de Buñuel en la Residencia de Estudiantes. (En 1952, Centeno pasó a asumir una jefatura de departamento en Connecticut College, vía Middlebury, donde su hermano Juan dirigía la escuela de verano.) Un año después, en el otoño de 1953, bajó del tren en la estación de Oberlin un chico fornido de dieciocho años, de ojos saltones y ganas de provocar, que había pasado su adolescencia en la Ciudad de México pero que hablaba un inglés americano nativo porque de niño se había escolarizado en Estados Unidos. Se hacía llamar John, se dedicaba al fútbol americano y estaba decidido a realizar una carrera de Literatura Inglesa. Sus apellidos, sin embargo, eran Buñuel Rucar. Juan Luis — que así se llamaba de verdad el hijo mayor de Luis y Jeanne— se había presentado al Oberlin College por una recomendación de Rogers. Le admitieron y se licenció cuatro años después, en 1957. Un año antes, en el 56, se había recibido en el mismo College Xavier Pi-Sunyer, sobrino segundo de Carles Pi-Sunyer, cuya familia también se había exiliado a México y después pasado a EEUU. Y finalmente fue gracias a Rogers que, en el año 1949-1950, la hija mayor de Max Aub pasó un año en este pueblo, trabajando de asistente en las clases de Francés. Curiosamente fue en Oberlin que María Luisa Aub conoció al economista inglés Neil Falkner, con que se casaría en el verano del 51.

Son anécdotas, claro, pero no dejan de

ser significativas. Demuestran que, incluso para alguien de mi generación, es imposible moverse por las universidades y *colleges* norteamericanos sin toparse constantemente con las huellas del exilio republicano español. Pero si su impacto sobre el hispanismo en Estados Unidos —en Filología tanto como en Historia— es indudable, lo que sigue suponiendo un desafío, e incluso un tema de disputa, es cómo comprender, interpretar o valorar ese impacto. Así, por ejemplo, una corriente influyente en Estados Unidos, de la que yo también formo parte, suele identificar al exilio intelectual en EEUU con un “hispanismo” entendido en sentido negativo como ideología y práctica intelectual marcada por actitudes más bien coloniales, anti-teóricas e impresionistas. Y hemos identificado la crítica y superación de ese legado como condición indispensable para un avance en lo que ahora llamamos estudios culturales, ibéricos o trasatlánticos —campos que se niegan a privilegiar alta sobre baja cultura, el castellano sobre los otros idiomas peninsulares o lo español sobre lo latinoamericano.

Antes de entrar en el porqué de esa crítica en el contexto de las luchas institucionales dentro de las universidades norteamericanas, sin embargo, quizás sea útil repasar brevemente las diferentes formas en que se ha “leído” el legado del exilio republicano en el hispanismo estadounidense. Me parece que cabe identificar, *grosso modo*, cuatro paradigmas. Después de considerar esos paradigmas terminaré con un puñado

de preguntas pendientes que puedan servir de base para un diálogo.

### El paradigma arqueológico-memorialístico

El primer paradigma es en cierto sentido el que me ha servido para abrir este texto. Considera al hispanismo desde y dentro del marco norteamericano; lo componen las memorias de discípulos, las biografías, las leyendas, las necrológicas, los homenajes y anecdóticos. Ha sido, en verdad, el paradigma dominante en la bibliografía sobre el tema. Y dado que predominan en él los enfoques personales, biográficos y autobiográficos, destacan por tanto también los elementos afectivos: amores y odios, agradecimientos, añoranzas, nostalgias y algún ajuste de cuentas. No hay que olvidar que forman parte de este mismo paradigma las muchas huellas físicas y materiales del exilio: *lieux de mémoire* que incluyen salones nombrados, bustos y fotos, hasta archivos y bibliotecas enteras.

Ahora bien, este paradigma arqueológico-memorialístico no ofrece necesariamente un relato unificador o coherente sobre el exilio. Es tan disperso y diverso como

lo estuvieron los propios exiliados; en Los Ángeles o San Francisco no tiene la misma presencia que en Nueva York, en Boston, en el Medio Oeste o en el Sur. Un ejemplo reciente lo constituye el libro *¿Por qué España? Memorias del hispanismo estadounidense*, editado por Anna Caballé y Randolph Pope, que reúne las autobiografías intelectuales de 21 hispanistas en Estados Unidos, y en que los maestros republicanos tampoco están ausentes.<sup>3</sup> Bajo el mismo paradigma cabe clasificar el simposio “Exiliados, constructores y visionarios. Wellesley en español: 125 años de Sinergia” que se celebró en el College del mismo nombre —por donde pasaron, entre otros, Jorge Guillén y Pedro Salinas— en el año 2000, plasmado dos años después en el libro *Wellesley, recuerdo ileso*.<sup>4</sup> Otro ejemplo es la sección que dedicó a media docena de exiliados españoles en Estados Unidos la revista *Hispania* en 1997; o el libro de homenaje a Américo Castro que salió en 1988.<sup>5</sup> Ya hemos visto algo del texto sobre Américo Castro de mi maestro Sam Armistead; cabe citar un par de ejemplos más. Así, el galdosista John Kronik escribía sobre Sánchez Barbudo:

<sup>3</sup> Así, Harriet Turner recuerda con mucho cariño a Sánchez-Barbudo, que le dirigió la tesis doctoral. Harriet Turner, “Habitada por palabras”, en *¿Por qué España? Memorias del hispanismo estadounidense*, ed. Anna Caballé Masforroll y Randolph D. Pope, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 599-624, p. 612.

<sup>4</sup> Elena Gascón Vera y Carlos Ramos (eds.), *Wellesley, recuerdo ileso: Una celebración de lo hispano en el 125 aniversario*. Lleida: Milenio, 2002.

<sup>5</sup> Ronald E. Surtz, Jaime Ferrán y Daniel P. Testa (eds.), *Américo Castro: The Impact of His Thought: Essays to Mark the Centenary of His Birth*, Madison, Wisconsin, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1988.



Como era activo en momento en que los críticos, especialmente en el campo hispánico, aún no estaban impulsados o tentados a comprometerse con ninguna aproximación rígidamente teórica, Sánchez Barbudo se inclinaba hacia la temática y estilística, al mismo tiempo que se nutría de la experiencia biográfica del autor y enfatizaba la relación entre literatura y pensamiento.<sup>6</sup>

Kronik también señalaba que, más que su producción erudita, su impacto mayor fue como maestro: fue, dice, una presencia encantadora y pintoresca, un “humanista liberal consumado” que no se preocupaba demasiado por interferir en el trabajo de sus doctorandos.

En el mismo número de *Hispania*, Biruté Cipliauskaitė recuerda a José Ferrater Mora, al que tuvo como maestro en el College para mujeres de Bryn Mawr:

Eran proverbiales su seriedad y lo exigente que era. Un encuentro con él era una experiencia sin palabras: su mirada parecía escrutar cada palabra que salía de la boca del interlocutor, analizarlo en vuelo, y con un pequeño “clic” aceptar o rechazarla. Frente a él no había modo de esconder la ignorancia bajo palabras: pedía esencias, no retórica. Nunca en mi vida me he sentido tan incapaz, tan sumamente tonta como cuando hablaba con él. Por otra parte, nunca he visto casi plásticamente funcionar la

inteligencia con tanta intensidad en otra persona. Cada clase era una muestra prodigiosa de la máquina de pensar: daba la impresión de ver cómo arrancaba el movimiento de las ruedecitas, cómo se encadenaban unas con otras, y cómo echaban fuera instantáneamente la idea. (...) A las alumnas nos infundía miedo. Había quien salía de la clase con lágrimas en los ojos, hablaba de suicidarse o —en mi caso— de dejar la universidad para siempre. Un miedo casi pánico, que no desapareció con graduarse. (Cipliauskaitė 280-81).<sup>7</sup>

Estelle Irizarry, que estudió en Rutgers con Francisco Ayala, afirma que el sociólogo tampoco era nada fácil:

Vaya un profesor exigente: primera semana *El sentimiento trágico de la vida* de Unamuno, bien leído, y sobre él, un ensayo de comentario. Otra: La *Segunda antología* de Juan Ramón Jiménez entera en una semana. Aún conservo el libro con los apuntes al margen para cada uno de los poemas como prueba de esa asidua lectura. ¡Pues había que leerlo todo, no fuéramos a quedarnos mal con “el profesor” de tan lúcida inteligencia que ojalá nos contagiara con ella! (Irizarry 284)<sup>8</sup>

Para Andrew Debicki, gran crítico de poesía española que tuvo a Concha Zardoya como maestra, lo que aportaron los exiliados fue una aproximación que fue más allá de la “descriptiva y temática” que pre-

<sup>6</sup> John Kronik, “Antonio Sánchez Barbudo”, *Hispania*, vol. 80: 2 (mayo 1997), pp. 277-279.

<sup>7</sup> Biruté Cipliauskaitė, “‘Sacar de ti tu mejor tu’: un escorzo de Jose Ferrater Mora”, *Hispania*, vol. 80:2 (mayo 1997), pp. 280-282.

<sup>8</sup> Estelle Irizarry, “Francisco Ayala, mi maestro aún”, *Hispania*, vol. 80:2 (mayo 1997), pp. 283-286.

dominaba en los años 50, al combinar su gran conocimiento de fondo, “las destrezas de la estilística española y la comprensión analítica aprendida en los Estados Unidos” (Debicki 287).<sup>9</sup>

El texto más interesante de esta colección quizá sea el de Roberta Johnson sobre José Rubia Barcia. Como joven arabista y comunista que era, Barcia tuvo serios problemas con las autoridades norteamericanas, aunque en la práctica escondió esa parte de su vida ante sus alumnos universitarios. Johnson recuerda el “compromiso apasionado” con obras literarias que se enseñaban: “La clase era teatro intelectual; el rigor y el drama se combinaban para grabar el intercambio de ideas de la tarde, indeleblemente, en la memoria de los estudiantes”. Al mismo tiempo, confiesa que Barcia era “un misterio”: “distante y formal, aunque cálido y atento”, que nunca hablaba de los años del macartismo, cuando fue encarcelado y estuvo a punto de ser deportado.<sup>10</sup>

Como evidencian estos ejemplos, el paradigma arqueológico-memorialístico, encarnado en los recuerdos de ex discípulos, combina la autorreflexión disciplinaria con una indudable dimensión afectiva-personal. También llama la atención el estatus de *maestros* que tuvieron —y quizás exigieron— los intelectuales exiliados en el en-

torno institucional de la universidad. Su relación con sus alumnos norteamericanos se basaba en una distancia impuesta no solo por el factor de intimidación propia de la erudición y la inteligencia sino también por cierta *otredad* cultural que les daba un aire enigmático.

### El exilio visto desde España

Si el primer paradigma tiene una focalización claramente norteamericana, el segundo contempla al exilio hispanista desde España, tanto durante los años del franquismo como después. Como es sabido, en términos más generales el tema de los contactos entre los intelectuales del exilio y los del “interior” es objeto de alguna controversia. Es aquí obligatorio citar el libro de Jordi Gracia, *A la intemperie* (2010), que enfáticamente aboga por ver el legado intelectual del exilio como parte de la cultura española, y además evaluarlo en base a su aportación a la democratización cultural y política desde el interior.<sup>11</sup> Como he indicado en otra ocasión, no estoy del todo de acuerdo con la valoración de Gracia. Me parece que, al interesarse sobre todo en la aportación del exilio republicano al desarrollo de la cultura española dentro de España, acaba perdiendo de vista lo que tiene la cultura del exilio de valor en un sentido más general, o independientemente de su

<sup>9</sup> Andrew P. Debicki, “Concha Zardoya”, *Hispania*, vol.80:2 (mayo 1997), pp. 287-289.

<sup>10</sup> Roberta Johnson, “José Rubia Barcia: Ethical Humanist”, *Hispania*, vol.80:2 (mayo 1997), pp. 290-292.

<sup>11</sup> Jordi Gracia, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010.





vinculación o repercusión españolas. Me parece que Gracia casi acaba por plantear que el valor de la cultura del exilio *se reduce* a lo que pudo aportar al desarrollo de una cultura democrática en España. Lo que sí deja claro Gracia es que la cultura del exilio aportó más bien poco, tanto durante la dictadura como en los años de la Transición. Para Gracia, esa falta de aportación es simplemente una realidad histórica que hay que asumir, producto del desfase entre exilio e interior, así como de las dinámicas políticas y culturales entre la comunidad intelectual exiliada. Para otros críticos, como Mari Paz Balibrea, ese déficit, más que ser una simple realidad histórica asumible, es de lamentar y ayuda a explicar ciertas deficiencias de la cultura española postfranquista.<sup>12</sup> Lejos de asumirlo como dado, Balibrea aboga por que se revise el legado del exilio con el fin de regenerar la cultura y la democracia españolas.

¿Hasta qué punto este desfase se da en el caso más específico del hispanismo exiliado en Estados Unidos? ¿Cuál es la presencia de ese exilio hispanista en la genealogía de la Filología Española tal y como se ha

venido practicando en la España democrática? Aquí entramos en el campo del que se ha ocupado a fondo Fernando Larraz, arguyendo que la Transición no supuso precisamente una ruptura con los relatos maestros disciplinarios establecidos durante los años de Franco, cuando la historia de la literatura “se sembró ... de inercias y tópicos, envenenándola y haciendo que hoy resulte cada vez más imprescindible un trabajo de deconstrucción”.<sup>13</sup>

Ahora bien, la imagen del exilio como un conjunto desfasado en relación a la España “del interior” (anacrónico, preso del pasado, obcecadamente nostálgico, etc.) es reversible. Hay los que, como lo hace Gregorio Morán en *El cura y los mandarines*, arguyen que, si hubo el desfase, se produjo en el interior: al fin y al cabo, eran los intelectuales condenados a trabajar en la España franquista los que habían perdido el contacto con la modernidad occidental.<sup>14</sup> Como escribí en otro lugar, Morán cita a la escritora estadounidense Mary McCarthy, quien pasa por Madrid en 1963 como invitada a un congreso literario. En su epistolario se encuentra una carta de aquellos días

---

<sup>12</sup> Mari Paz Balibrea, *Tiempo de exilio. Una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*. Barcelona, Montesinos, 2007.

<sup>13</sup> Fernando Larraz, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 15; en otro lugar, afirma que, por ejemplo, “la obra historiográfica de Sanz Villanueva (1972, 1974, 1994) se ha caracterizado por restringir a la literatura del exilio a un lugar muy secundario respecto de la literatura del interior, cumpliendo en casi todas la misma retórica y metodología para referirse al exilio”. Fernando Larraz, “El lugar de la narrativa del exilio en la literatura española”, *Iberoamericana*, vol. XII, 47 (2012), pp. 101-113, p. 110.

<sup>14</sup> Gregorio Morán, *El cura y los mandarines (Historia no oficial del bosque de los letrados). Cultura y política en España. 1962-1996*, Madrid, Akal, 2014.

dirigida a su íntima amiga Hannah Arendt: “Es muy divertido y a la vez triste”, escribe McCarthy; “Algunos jóvenes eran muy simpáticos, conmovedores y provincianos. [...] La única literatura extranjera que conocían era la francesa, aunque algunos habían oído hablar del neorrealismo italiano”. “Fuera del tonillo desdeñoso de vieja dama rigorista” —señala Morán—, “lo cierto es que la visión de Mary McCarthy tenía algo de exacta. Su mundo intelectual y el del plenario de la joven inteligencia crítica española estaban a millas”. La novelista, escribe Morán, se quedó “literalmente traspuesta al serle traducida la ponencia de Castellet, penosa en su simplicidad”. A Morán el texto de Castellet le produce vergüenza ajena: “se nos aparece [...] como una radiografía del escaso substrato, la pendería y el despiste en el que se movían los futuros mandarines de la cultura española”.<sup>15</sup>

La idea de que el anacronismo, el desfase histórico e intelectual, se daba no en el exilio sino precisamente en el interior, se convierte en tema recurrente en los testimonios de españoles que, entre los años 60 y 90, salen de España para entrar en contacto con la realidad del exilio intelectual.

Cabe citar aquí a la misma Mari Paz Balibrea, que llega a California en 1990 para hacer su doctorado en la Universidad de California en San Diego (ver su aportación a este número). Veinte años antes, Francisco Caudet tuvo una experiencia parecida. Cuando, en los setenta, tiene por fin la oportunidad de pasar por Estados Unidos, se encuentra con un mundo intelectual inesperado e inesperadamente rico. En un interesante texto autobiográfico de 2009 explica que al terminar la licenciatura en España, a finales de los sesenta, se sentía totalmente “asfixiado”. En California, en cambio, se topa con Rafael Pérez de la Dehesa, quien un día le lleva a casa de Montesinos:

Rafael Pérez de la Dehesa me hizo el impagable regalo, no fue el único, de llevarme una lluviosa tarde de octubre de 1970 a casa de José F. Montesinos, en las afueras de Berkeley. (...) Para alguien que había tenido en toda la carrera solamente dos clases de literatura española y el mismo profesor, Joaquín de Entrambasaguas —¡Viva Franco!, ¡Arriba España!...—, aquella lluviosa tarde fue como un festín.<sup>16</sup>

Poco tiempo después, Caudet conoce a —y llega a trabajar con— Sánchez-Barbudo, en Wisconsin, y Arturo Serrano-Plaja

<sup>15</sup> Sebastiaan Faber, “¡Todos mediocres! Crítica e inclemencia en España. El caso Gregorio Morán”, *FronteraD* (24 de sept de 2015), <http://www.fronterad.com/?q=%C2%A1todos-mediocres-critica-e-inclemencia-en-espana-caso-gregorio-moran>.

<sup>16</sup> Francisco Caudet, “El azar y la necesidad”, en *Contra el olvido: el exilio español en Estados Unidos*, ed. Sebastiaan Faber y Cristina Martínez-Carazo, Alcalá de Henares, Instituto Franklin de Estudios Norteamericanos, Universidad de Alcalá, 2009, pp. 207-222, p. 211.



en Santa Bárbara y habían sido activos en *Hora de España* y el Congreso de Escritores del 37; son contactos cruciales para Caudet y que darán pie a varias décadas y media docena de libros sobre la cultura de los años treinta y el exilio republicano.

Este segundo paradigma, en suma, reconoce el impacto relativamente limitado del hispanismo del exilio sobre el estudio de la literatura española en los años de la dictadura y después, aunque interpreta esa falta de impacto en claves diferentes. Algunos privilegian el desarrollo de una cultura intelectual “democrática” en el interior, independiente de gran parte del exilio; otros asocian la desconexión entre ambos mundos como señal del anacronismo y de la pobreza del tratamiento universitario de las literaturas peninsulares y sus historias en España.

### El paradigma antihispanista

Si en los primeros dos paradigmas se enfatizan aspectos relativamente positivos del hispanismo exiliado —como maestros y pedagogos, desfasados con España o no—, el tercer paradigma produce una imagen bastante más áspera y crítica. Se trata de la perspectiva personal de algunos de los colegas más cercanos a los exiliados: aquellos compañeros de departamento cuyas

agendas no coincidían plenamente con las de los eruditos españoles; los que, por regla general, experimentaron el hispanismo de los exiliados como altanera imposición imperial. Se trata de los latinoamericanistas y otros que no compartían la visión castellano-céntrica que predominaba entre los exiliados.

Como es sabido, en los departamentos de español en EEUU se libra desde hace casi ochenta años una lucha entre latinoamericanistas y los llamados “peninsularistas”. Recordemos que el campo de los estudios latinoamericanos se empieza a establecer en Estados Unidos en los años treinta y cuarenta del siglo pasado, en parte como consecuencia de la política del Buen Vecino, de inspiración panamericanista, y la Segunda Guerra Mundial.<sup>17</sup> Aunque se trata de un campo interdisciplinario con una presencia mayor en Historia, Antropología, Ciencias Políticas y Sociología, también manifiesta un claro auge en los departamentos de lengua y literatura españolas. La primera asociación que se dedica exclusivamente a los estudios literarios latinoamericanos se funda en 1938: es el Instituto de Literatura Iberoamericana (ILLI), que publica la *Revista Iberoamericana*. En el momento de su creación, ambas tienen un claro sesgo

---

<sup>17</sup> Sebastiaan Faber, “Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University”, *Hispanic Research Journal* 9.1 (2008): 7-32; Mark T. Berger, Berger, Mark T. “Civilising the South: The US Rise to Hegemony in the Americas and the Roots of ‘Latin American Studies’ 1898-1945”, *Bulletin of Latin American Research* 12:1 (1993): 1-48.

panamericanista.<sup>18</sup> Si, hasta ese momento, lo común en los campos filológicos había sido *no* considerar la producción cultural latinoamericana, o sólo considerarla como una derivación menor de la española, el ILLI afirmaba por primera vez la autonomía de esa producción y de las disciplinas que la estudiaran. Ahora bien, en la lucha por la independencia intelectual y disciplinaria, los que se dedican a la cultura latinoamericana se topan, por regla general, con el desinterés y la incomprensión de gran parte de los hispanistas españoles, que se resisten a la legitimación del estudio de la cultura y literatura latinoamericanas en pie de igualdad.<sup>19</sup> El conflicto se intensifica en los años 60 y 70 con la llegada de otro contingente de intelectuales exiliados, esta vez del Sur, sobre todo de Cuba, Argentina, Chile y Uruguay, cuyos intereses literarios, filosóficos y políticos

poco o nada tienen que ver con los de los exiliados españoles. Como consecuencia, hay en la universidad norteamericana toda una serie de *contramemorias* del exilio hispanista en que los catedráticos españoles en Estados Unidos emergen como personajes reaccionarios, arrogantes de perspectiva tradicional y estrecha. Es una visión cuyo legado persiste hoy y que sigue condicionando en muchos departamentos las relaciones entre los que se especializan en lo latinoamericano y los que se dedican a lo español.

Curiosamente, hay un eco de la experiencia de los latinoamericanistas en la biografía de algunos universitarios nacidos en España que acaban en Estados Unidos. El mejor ejemplo quizá sea Joan Ramon Resina. Así como Caudet, Resina llega a Berkeley desde España en los años 70; y, como Caudet, pretende escapar de lo que

<sup>18</sup> Sebastiaan Faber, “‘La hora ha llegado’: Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish/American Glory (1938-1948)”. *Ideologies of Hispanism*. Ed. Mabel Moraña. Nashville: Vanderbilt UP, 2005. 62-104.

<sup>19</sup> En uno de los primeros números de la *Revista Iberoamericana*, Américo Castro publica un artículo en que aboga por un acercamiento y un aprendizaje mutuo entre la América hispana y la anglosajona en que no puede por menos de reivindicar la empresa colonial española: “Hay que decir a México, en efecto, que en tanto que no sienta de veras que a Hernán Cortés debe el haber salido de la sanguinaria e inerte vida precortesiana, México carecerá del esencial equilibrio que tanto necesita. Las repúblicas hispanas con gran contingente de indios parecen obedecer a una consigna tácita, pues en prosa y verso retóricos reclaman por suya la raza precolombina, o la posterior a su independencia. ¿Vale detenerse ante tamaño error? Cuando se contemplan las ciudades mexicanas, las instituciones de cultura del pasado, los libros, su originalidad literaria, se queda uno absorto, sin comprender la ceguera de quienes intentan suprimir trescientos años de hispanidad, a reserva de utilizar el contenido de vida superior que hay en ellos”. Ese mismo año, en conferencia inaugural en Princeton, se había expresado en el mismo sentido, arguyendo que España había dado “lo mejor de sí” en el “esfuerzo creador” de la Conquista”, “México, Perú, Colombia y las Antillas no eran colonias sino más bien extensiones del territorio nacional enriquecidas con una rara generosidad artística e ideal”; Américo Castro, *The Meaning of Spanish Civilization: The Inaugural Lecture of Américo Castro*, Emory L. Ford Professor of Spanish in Princeton University, Princeton, N.J., Princeton University, 1941, pp. 25-27.



experimenta como una sensación de asfixia intelectual en España. Pero si Caudet encuentra simpatía y sintonía en California, la experiencia de Resina es muy distinta. En la fascinante autobiografía intelectual incluida en el libro de Anna Caballé y Randolph Pope mencionado arriba, Resina describe el tremendo chasco que se lleva al conocer al exilio hispanista en Estados Unidos:

Hasta ese momento había pensado que un hispanista era alguien capaz de comunicar un conocimiento acerca de la historia y la cultura de la totalidad de la península ibérica. Pero cuando entré en contacto con los expertos en aquella universidad para mí mítica [de Berkeley], descubrí que compartían los prejuicios y limitaciones de sus colegas en España, formados bajo el franquismo. En el templo de la libertad de expresión, me topé con la misma negación de la diversidad lingüística y literaria de la península que ya me era familiar en España; era como si uno de los ministros de Franco hubiera planeado la especialidad de español en América. Ningún profesor mencionó jamás la existencia de diversas tradiciones literarias.<sup>20</sup>

### El paradigma geopolítico

A Resina, esta experiencia temprana de desencuentro con el hispanismo de los exiliados republicanos le ha permitido, a lo largo de una larga y exitosa carrera en Es-

tados Unidos, desarrollar una visión tan lúcida como crítica de la historia institucional del hispanismo en Estados Unidos (y, por cierto, de la Filología Española en España).<sup>21</sup> Es Resina, también, junto con personas como John Beverley, Noam Chomsky y Richard Ohmann, el que ha ayudado a establecer lo que propongo aquí como cuarto paradigma: la visión del hispanismo exiliado dentro de un marco geopolítico y de historia institucional universitaria en Estados Unidos durante los años de la Guerra Fría. Este cuarto paradigma parte de media docena de elementos clave del contexto histórico que vale la pena describir en detalle.

Primero, las normas migratorias de Estados Unidos condicionan quién puede entrar al país y quién no. Esto hace que los exiliados de perfil política más radical, los militantes, acaben en otros países, sobre todo México, mientras que los más moderados y liberales son admitidos a Estados Unidos. Segundo, la dinámica de la Guerra Fría —que en realidad comienza a finales de los años 30; recordemos que el House Un-American Activities Committee (HUAC) se funda en 1938— tuvo un impacto crucial en la naturaleza y la evolución de la universidad norteamericana, incluidos los estudios humanísticos. Por un

<sup>20</sup> Joan Ramon Resina, "Ausente del hispanismo", en *¿Por qué España? Memorias del hispanismo estadounidense*, ed. Anna Caballé Masforroll y Randolph D. Pope, *op. cit.*, 2014, pp. 551-597, p. 568.

<sup>21</sup> Visión que me ha servido a mí en mi trabajo sobre el impacto de la Guerra Civil en esa historia, en *Anglo-American Hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment, and Discipline*, New York, Palgrave Macmillan, 2008.

lado, los estudios humanísticos en EEUU se benefician, como todos los campos, de la enorme expansión de la universidad norteamericana después de la Guerra Mundial. Por otro, es el momento cuando las disciplinas humanísticas se profesionalizan. Ahora bien —este es el tercer punto—, esa profesionalización, bajo la influencia de escuelas como el New Criticism, implica también una desvinculación de los estudios de lengua y literatura de la vida política. Los estudios literarios del momento, liderados por los departamentos de Inglés —arguye Ohmann— se caracterizaban por una oposición a las tendencias dominantes de la cultura norteamericana —materialismo, consumismo, militarismo— pero nunca llegaron a politizarse de verdad.<sup>22</sup> Al contrario, la profesionalización de las humanidades se caracterizaba por un énfasis creciente sobre la disciplinarietà (es decir, la especialización) y la institucionalidad (es decir, la socialización profesional), y el deseo de *legitimar* el estudio de lenguas y literaturas como disciplinas tan rigurosas como las de las ciencias naturales y sociales.<sup>23</sup> Lo que llega a predominar en estos momentos, según Ohmann, es una “ideología de la cul-

tura” que postula el texto literario como objeto privilegiado de la mirada académica, una mirada formalista interesada más en las dinámicas internas del texto que con su contexto biográfico, histórico, social o político. En este ambiente, la actividad política se llega a ver como impropia de un experto de lengua y literatura —“to be a professional”, recuerda Ohmann, “was to be nonpartisan, to abstain from historical agency. Practitioners of literary studies, like those in all fields, should stay within their own area of expertise”— y por si había alguna duda al respecto, quedaba eliminada por las sanciones profesionales que, en los años del macartismo, cercenaban carreras universitarias por todo el país.<sup>24</sup> En suma, concluye Ohmann, las Humanidades en los años de la Guerra Fría hicieron lo posible por eliminar la política del estudio de la cultura. Las filologías, escribe, se quedaron “with our moral critique of bourgeois society from the standpoint of culture, while excising culture *from* bourgeois society, severing it from its real historical and social relations, and exempting it from historical critique”.<sup>25</sup>

Así llegamos al cuarto elemento de esta

---

<sup>22</sup> Richard Ohmann, “English and the Cold War”, en *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, ed. André Schiffrin, New York, The New Press, pp. 73-105, p. 87.

<sup>23</sup> Joan Ramon Resina, “Cold War Hispanism and the New Deal of Cultural Studies”, en *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*, ed. Brad Epps & Luis Fernández Cifuentes, Lewisburg, Bucknell UP, 2005, pp. 70-108.

<sup>24</sup> Ellen Schrecker, *No Ivory Tower: McCarthyism and the Universities*. New York, Oxford University Press, 1986.

<sup>25</sup> Ohmann, ob. cit., p. 84.



lectura en clave geopolítica del hispanismo de los exiliados en Estados Unidos. Si los que se dedicaban al estudio de la alta cultura en Estados Unidos la veían por regla general en términos de espiritualidad, armonía y estética —alejada de la política, en fin— el hispanismo de los exiliados no desentonaba. Y si la despolitización de las humanidades en general tenía que ver con la necesidad de legitimarlas como especializaciones científicamente disciplinarias, así también el hispanismo se veía abocado a una lucha por el prestigio institucional. Como he argüido en otro lugar, para los exiliados españoles, esto implicada una defensa de la grandeza de la cultura española, como ya la había emprendido Américo Castro en 1940 al asumir su cátedra en Princeton.<sup>26</sup> Ahora bien, si esa grandeza española la definía Castro en primer lugar en contraposición a las otras culturas hegemónicas occidentales, el mismo argumento servía para afirmar la hegemonía de lo español sobre lo latinoamericano. No casualmente, ya en 1917, cuando el español acaba de desplazar al alemán como idioma extranjero preferido en el sistema educativo de Estados Unidos y se funda la American Association of Teachers of Portuguese

(AATS),<sup>27</sup> Ramón Menéndez Pidal envía una carta de felicitación a los dirigentes de la nueva organización, el director del Centro de Estudios Históricos entona un mensaje panhispanista: “nuevas generaciones americanas esperan con optimismo el porvenir, ese porvenir hermanado de España y América”. Al mismo tiempo, sin embargo, advierte a sus colegas norteamericanos que no pierdan de vista la primacía natural y normativo del español de la Península Ibérica sobre el de Latinoamérica, mucho más “vulgar” tanto en el habla popular como en sus expresiones cultas.<sup>28</sup> Si, a partir de los años 60, la creciente presencia de intelectuales exiliados de Latinoamérica sirve para resaltar el eurocentrismo de los exiliados españoles, del mismo modo los grandes cambios que vive la universidad norteamericana por esas mismas fechas —el auge de la teoría marxista, estructuralista y postestructuralista; el nacimiento de los estudios de género, afroamericanos, chicanos...— dejan fríos a muchos de los integrantes de la comunidad exílica republicana. “Encerrado en [sus] tradiciones historicistas y filológicas” —sentencia Resina— “... el hispanismo de la Guerra Fría pasó de largo ante el materialismo histórico y las cuestio-

---

<sup>26</sup> Castro, ob. cit.

<sup>27</sup> James D. Fernández, “Longfellow’s Law: The Place of Latin America and Spain in U.S. Hispanism, circa 1915,” en *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*, ed. Richard Kagan, Urbana, University of Illinois Press, 2002, pp. 122-141.

<sup>28</sup> “[N]o creo cabe vacilar en imponer la pronunciación de las regiones castellanas, pues es la que responde más exactamente que ninguna otra a la ortografía secular de la literatura”; Ramón Menéndez Pidal, “La lengua española. Una carta de Don Ramón Menéndez Pidal”, *Hispania*, vol. 1:1 (febr. de 1918), pp. 1-14, p. 11.

nes candentes sobre feminismo, clase, raza y minorías, que surgieron con fuerza a partir de los años 60 y que coincidían ampliamente con la crítica del pasado imperial de España”.<sup>29</sup> Es este desfase intelectual con la *mainstream* académica norteamericana el que pretenden deshacer iniciativas “post-hispanistas” como los Estudios Culturales, los Estudios Transatlánticos y los Estudios Ibéricos.

### ¿Hacia un nuevo paradigma?

Los cuatro paradigmas que acabo de esbozar no son precisamente compatibles entre sí. También es obvio, sin embargo, que ninguno de los cuatro paradigmas basta por sí solo para hacer justicia a la complejidad y diversidad de las prácticas y productos académicos de aquellos intelectuales españoles exiliados en Estados Unidos que acabaron dedicándose al estudio y la enseñanza de lenguas y literaturas. De los cuatro, el paradigma geopolítico me parece el más productivo y riguroso, aunque solo fuera por la amplitud de su enfoque. Esto no quita que el marco de su narrativa tenga cierto efecto reductivo.

¿Hay otro paradigma posible? ¿Es posible llegar a una visión del exilio intelectual en Estados Unidos que parta del análisis geopolítico al mismo tiempo que corrige

su reduccionismo, nutriéndose, por ejemplo, del paradigma arqueológico-memorialístico? Me parece que sí. El nuevo paradigma podría empezar por asumir que los hispanistas exiliados en Estados Unidos trabajan en y desde el margen, y que esa marginación era doble: con respecto a la España de Franco y con respecto a la cultura norteamericana.<sup>30</sup> Nos permitiría ir más allá del estereotipo del viejo republicano conservador —sin perder la visión crítica, desde luego— y leer el legado hispanista del exilio en Estados Unidos a contracorriente. Nos permitiría rescatar a figuras heterodoxas como Carlos Blanco Aguinaga, José Rubia Barcia o Arturo Serrano Plaja, al mismo tiempo que reconociéramos las tendencias reaccionarias, o al menos cultural y lingüísticamente conservadoras, de otros representantes del hispanismo exiliado. Asumiría la crítica hecha al “hispanismo” como un paso necesario pero no suficiente, que no excluiría el rescate de parte de su legado tanto para los Estudios Hispánicos en Estados Unidos como para la Filología Española en España. Y quizá así se podría tender un puente entre dos mundos cuya falta de comunicación mutua sigue siendo una oportunidad perdida.

<sup>29</sup> Joan Ramon Resina, *Del Hispanismo a los Estudios Ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 130.

<sup>30</sup> Es llamativo que el aislamiento institucional de los exiliados españoles en Estados Unidos fuera tanto mayor que el de intelectuales centroeuropeos como Hannah Arendt, Theodor Adorno, Max Horkheimer o Herbert Marcuse.